

7 DÍAS DE

oración y reflexión

Basado en la serie:

EL
RETRATO

DEL APRENDIZ

UN ESTUDIO DE LAS BIENAVENTURANZAS

CÓMO USAR ESTA GUÍA

Texto base: Mateo 5:6 | Mateo 6:33 | Salmo 42

Predicó: Juan Cordero | Semana del 30 de junio al 6 de julio de 2026

"El aprendiz no tiene hambre únicamente de vivir en un mundo mejor. Tiene hambre de la justicia que contempló en Cristo – de una vida reconciliada con Dios." – Juan Cordero

El domingo, Juanco nos mostró que la cuarta pincelada del retrato no aparece por accidente. Las primeras tres bienaventuranzas nos vaciaron: "no tengo... me duele no tener... dejo de fingir que tengo". Y solo entonces, sobre ese lienzo preparado, aparece la cuarta: "tengo hambre". Esta semana no vamos a esforzarnos por producir justicia apretando los dientes. Vamos a dejar que el Espíritu despierte en nosotros un apetito nuevo –no un interés opcional, sino un hambre y una sed que no nos dejan vivir igual. Vamos a hacernos la pregunta incómoda que reordena toda una vida: ¿de qué tiene hambre realmente mi corazón? Y vamos a descubrir la promesa más liberadora de esta bienaventuranza: que el énfasis no está en lo que nosotros lograremos, sino en lo que Dios hará. "Serán saciados." No es una semana para llenarte por tu cuenta. Es una semana para tener hambre del Único que de verdad sacia.

EL LIENZO PREPARADO

Mateo 5:3-6 (NTV): *"Dios bendice a los que son pobres en espíritu... a los que lloran... a los que son humildes... Dios bendice a los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados."*

Reflexión: Antes de mirar la cuarta bienaventuranza, el domingo Juanco nos recordó por dónde venimos, porque el orden lo es todo. Durante tres semanas el Espíritu ha estado preparando el lienzo —no añadiendo color todavía, sino quitando capas que llevábamos toda una vida construyendo. Primero, con Egui: "no tengo nada que ofrecerle a Dios" (pobreza de espíritu). Después, con Nicole: "me duele no tener" (el llanto, consecuencia natural de ver mi vacío). Luego, con Pastor Sammy: "dejo de fingir que tengo" (la mansedumbre, que deja de pelear por su lugar). Y solo entonces, sobre ese lienzo preparado, aparece la cuarta pincelada: "tengo hambre". ¿Ves la secuencia? No es casualidad. Las primeras tres bienaventuranzas vacían al aprendiz; la cuarta revela con qué quiere llenarlo el Espíritu. Dios ha estado quitando orgullo, autosuficiencia, máscaras de "todo está bien", la necesidad de defendernos —no para dejarte vacío, sino para despertar en ti un hambre completamente nueva. El mendigo espiritual finalmente reconoce que no tiene pan. Y justo ahí Jesús le dice: "ahora sí estás listo para tener hambre."

Pregunta: Mira la secuencia —no tengo, me duele, dejo de fingir, tengo hambre. ¿En cuál de esas cuatro posturas te encuentras hoy delante de Dios?

Oración: Espíritu Santo, gracias porque no me dejaste vacío. Cada cosa que has quitado —mi orgullo, mis máscaras, mi necesidad de defenderme— la quitaste para hacer espacio. Prepárame como lienzo esta semana. Y donde antes había autosuficiencia, despierta un hambre nueva. Estoy listo para tener hambre de ti. Amén.

HAMBRE, NO INTERÉS

Mateo 5:6 (NTV): *"Dios bendice a los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados."*

Reflexión: Jesús pudo haber dicho "bienaventurados los que desean la justicia", o "los que la valoran", o "los que la buscan". Pero no. Escogió dos necesidades con las que cualquier ser humano puede identificarse: hambre y sed. Y hay una diferencia enorme entre tener interés por algo y tener hambre de algo. Yo puedo interesarme por aprender un idioma o empezar a hacer ejercicio, y si nunca ocurre, sigo viviendo —no pasa nada. El interés es opcional. Pero nadie puede vivir sin comer ni beber. La palabra griega para "hambre" aquí es *peinaō*: desear ardientemente, buscar con un deseo ansioso, casi desesperado. Y "sed" es *dipsáō*: sentir dolorosamente la necesidad de algo, anhelar con entusiasmo aquello que refresca y sostiene el alma. Y fíjate: el verbo "tienen" está en un tiempo que describe acción continua. Así que otra forma de leer esta bienaventuranza es: "Dios bendice a los que continuamente desean ardientemente, buscan desesperadamente y anhelan con entusiasmo la justicia." Jesús no habla de un deseo ocasional. Habla de una necesidad permanente, como las que sostienen la vida. Está describiendo a una persona cuya vida entera fue reorientada por un nuevo apetito. La pregunta ya no es "¿qué necesito?". Ahora es: "¿qué es lo que más deseo?"

Pregunta: ¿Tu relación con la justicia de Dios se parece más a un "interés" opcional o a un "hambre" que no te deja vivir igual? ¿Qué cambiaría si fuera hambre?

Oración: Señor, confieso que muchas veces te he tratado como un interés más en mi lista, algo opcional. Pero tú no quieres mi interés tibio. Quieres reorientar todo mi apetito. Dame hambre y sed de ti —de las que duelen, de las que no se apagan. Que mi deseo más profundo seas tú. Amén.

UN DESEO INSATISFECHO

Salmo 42:1-2 (NTV): *"Como el ciervo anhela las corrientes de las aguas, así te anhelo a ti, oh Dios. Tengo sed de Dios, del Dios viviente. ¿Cuándo podré ir para estar delante de él?"*

Reflexión: Todos vivimos movidos por nuestros apetitos. Si observáramos nuestras decisiones durante una semana completa —las conversaciones que tenemos, las publicaciones que compartimos, las compras que hacemos, las preocupaciones que llenan nuestra mente, lo primero que buscamos en un día difícil, lo último que pensamos antes de dormir— todo eso terminaría revelando de qué tiene hambre realmente nuestro corazón. Y esa pregunta es incómoda. Porque si somos honestos, algunos tenemos hambre de reconocimiento, otros de seguridad, otros de aprobación, de éxito, de comodidad, de aceptación. Y ninguna de esas cosas, por sí misma, es necesariamente mala. El problema es cuando esperamos que ellas sacien un hambre que solo Dios puede satisfacer. Todos hemos vivido esa experiencia: trabajamos por algo, y tan pronto lo logramos, pierde su esplendor. "Cuando consiga ese trabajo... cuando termine la universidad... cuando compre la casa... cuando me case... cuando me retire..." Y llega ese momento, lo celebramos, le damos gracias a Dios. Pero pasan unos días y descubrimos que seguimos teniendo hambre. Porque el corazón humano fue creado con una capacidad de deseo que ninguna cosa creada puede llenar completamente. Como el ciervo que jadea por agua, hay una sed en ti que solo el Dios viviente puede saciar.

Pregunta: Mira tu última semana —tu tiempo, tu dinero, tus preocupaciones, lo último que piensas antes de dormir. ¿De qué revela tener hambre tu corazón? ¿Qué cosa buena has estado pidiéndole que sacie un hambre que solo Dios puede llenar?

Oración: Padre, he intentado llenar con cosas creadas un hambre que solo tú puedes saciar. He puesto sobre el trabajo, los logros, la aprobación, un peso que no pueden cargar. Hoy reconozco mi sed. Como el ciervo jadea por agua, así te anhelo. Solo tú llenas lo que ninguna cosa creada puede llenar. Amén.

PRIMERAMENTE LA JUSTICIA

Mateo 6:33 (NTV): *"Busquen el reino de Dios por encima de todo lo demás y lleven una vida justa, y él les dará todo lo que necesiten."*

Reflexión: Jesús declara algo que transforma la vida del aprendiz: el hambre principal será la justicia. Tan importante es este deseo, que más adelante en el mismo Sermón del Monte vuelve sobre el tema: "Busquen primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás les será añadido." Fíjate que no dice "busquen también". Dice "busquen primero". No habla de una prioridad más entre muchas, sino de la prioridad que reorganiza todas las demás. Es como si dijera: "cuando el Reino de Dios ocupe el primer lugar, todo lo demás encontrará su lugar correcto." Y aquello que antes ocupaba el centro de tu vida empieza, poco a poco, a perder su lugar —no porque te esfuerces en arrancarlo, sino porque el Espíritu cambia tu apetito y pone el Reino en el centro. Esto es una liberación enorme, familia. No tienes que pasarte la vida haciendo malabares para que todo encaje. Tienes una sola cosa que poner primero, y desde ahí todo lo demás se reordena. La justicia del Reino no es una carga más en tu lista. Es el centro que le da sentido a la lista entera.

Pregunta: Si fueras honesto, ¿qué ocupa hoy el "primer lugar" en tu vida —lo que reorganiza todo lo demás? ¿Qué se vería distinto esta semana si el Reino de Dios ocupara de verdad ese lugar?

Oración: Señor, mi vida muchas veces gira alrededor de cosas que no eres tú, y vivo agotado tratando de que todo encaje. Hoy quiero buscarte primero —no también, primero. Ocupa el centro. Reorganiza desde ahí todo lo demás. Cambia mi apetito hasta que tu Reino sea lo que más deseo. Amén.

LA JUSTICIA EMPIEZA ADENTRO

Mateo 5:20-22 (NTV): *"...a menos que su justicia sea superior a la de los maestros de la ley religiosa y los fariseos, nunca entrarán en el reino del cielo. Han oído que a nuestros antepasados se les dijo: 'No asesines...' Pero yo digo: aun si te enojas con alguien, quedarás sujeto a juicio."*

Reflexión: Surge una pregunta inevitable: si Jesús dice que tengamos hambre de justicia, ¿qué quiso decir con esa palabra? Porque todos hablan de justicia —los políticos, los tribunales, los periodistas, los activistas, las iglesias— pero no todos hablan de la misma. Cuando escuchamos "justicia", casi automáticamente pensamos en tribunales, leyes, castigos, derechos; pensamos en lo que necesita justicia: la corrupción, la violencia, la desigualdad. Y no está mal pensar en eso. En Puerto Rico, cuando vemos abuso, violencia doméstica, ancianos abandonados, niños sufriendo, algo dentro de nosotros dice "esto no está bien". Ese sentimiento no es accidente: es reflejo de que fuimos creados a imagen de un Dios justo. Pero el problema no es que el mundo tenga hambre de justicia. El problema es que muchas veces intenta producirla sin reconciliar primero el corazón con Dios. Llevamos miles de años escribiendo leyes, levantando gobiernos, firmando tratados, construyendo tribunales... y seguimos viviendo en un mundo profundamente injusto. ¿Por qué? Porque la raíz está en el interior del ser humano. Por eso Jesús va más profundo que los fariseos, que pensaban que la justicia era controlar la conducta. Él dice: el asesinato no comienza al matar, comienza con un sentimiento en el corazón; el adulterio no comienza en una cama, comienza en el deseo. Jesús no le baja el estándar a la justicia: lo eleva. La verdadera justicia nunca comienza afuera, comienza adentro. Porque un corazón injusto siempre terminará construyendo estructuras injustas; y un corazón reconciliado con Dios comenzará a producir una manera distinta de vivir. La justicia del Reino no es solo hacer cosas correctas: es convertirse en la clase de persona que ama lo que Dios ama y rechaza lo que Dios rechaza.

Pregunta: Es fácil tener hambre de justicia "allá afuera" —en el sistema, en los demás. ¿Dónde te está pidiendo Dios justicia "aquí adentro", en tu propio corazón, antes que en las estructuras?

LA JUSTICIA EMPIEZA ADENTRO

(continuación)

Oración: Dios justo, me es más fácil indignarme por la injusticia del mundo que mirar la de mi propio corazón. Hoy te pido hambre de la justicia que empieza adentro. No quiero solo portarme mejor: quiero amar lo que tú amas y rechazar lo que tú rechazas. Reconcilia mi corazón contigo, y deja que de ahí brote una vida distinta. Amén.

LA JUSTICIA QUE SE RECIBE

Romanos 3:23-24 (NTV): *"Pues todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa de Dios. Sin embargo, Dios, con una bondad que no merecemos, nos declara justos por medio de Cristo Jesús, quien nos liberó."*

Reflexión: Aquí aparece la verdad más transformadora del evangelio. Porque si esa es la justicia que Dios exige —una vida entera alineada con su voluntad— ninguno de nosotros puede producirla. Todos fallamos. Todos llevamos dentro un corazón que necesita ser renovado. Y precisamente ahí aparece Jesucristo. La cruz es el único lugar del universo donde la justicia y la misericordia dejan de ser opuestas. Piénsalo: si Dios es justo, tiene que castigar el pecado; si Dios es amor, querría rescatar al pecador. En la cruz, ambas cosas suceden al mismo tiempo. Dios no ignora el pecado —la justicia exige que sea juzgado— pero tampoco destruye al pecador, porque el amor desea rescatarlo. La justicia de Dios queda plenamente satisfecha y su misericordia queda plenamente demostrada. Cuando ponemos nuestra confianza en Cristo, Dios nos declara justos: no porque nuestra justicia sea suficiente, sino porque recibimos la justicia de Cristo. Y tu hambre comienza a ser saciada desde ese mismo momento. Por eso el aprendiz no tiene hambre únicamente de un mundo mejor. Tiene hambre de la justicia que contempló en Cristo: de una vida reconciliada con Dios, de que el pecado deje de gobernar su corazón, de que la voluntad del Padre se haga en su vida como ya se hace en el cielo. Y esa justicia comienza a reorganizarlo todo.

Pregunta: Has estado tratando de ganar, producir o merecer una justicia que solo se recibe como regalo en Cristo? ¿Qué cambia cuando dejas de producirla y empiezas a recibirla?

Oración: Jesús, en tu cruz la justicia y la misericordia se encontraron. Tú cargaste el juicio que yo merecía y me regalaste una justicia que jamás podría producir. Hoy dejo de tratar de ganarla. La recibo. Declárame justo no por lo que yo hago, sino por lo que tú hiciste. Y que esa justicia recibida empiece a reorganizarlo todo en mí. Amén.

SERÁN SACIADOS

Filipenses 1:6 (NTV): *"Estoy seguro de que Dios, quien comenzó la buena obra en ustedes, la continuará hasta que quede completamente terminada el día que Cristo Jesús vuelva."*

Reflexión: La promesa de Jesús es extraordinaria, y hay que notar dónde pone el énfasis. No dice "bienaventurados los que encuentran la justicia", ni "los que la producen", ni "los suficientemente disciplinados". El énfasis está al final: "serán saciados". Toda la atención cae sobre lo que Dios hará, no sobre lo que nosotros lograremos. La palabra "saciados" era muy gráfica: se usaba para animales alimentados hasta quedar completamente satisfechos. La idea es abundancia, plenitud, un hambre del todo saciada. Y aquí volvemos al retrato. El Artista no solo despierta el hambre: también comienza a satisfacerla —no con una perfección instantánea, sino pintando poco a poco el carácter de Cristo en ti. Eso es la santificación. Cada vez que el Espíritu te dirige a perdonar en vez de guardar rencor, a decir la verdad donde antes mentías, a amar al difícil, a servir sin buscar reconocimiento... no es solo que te estás portando mejor: es el Espíritu añadiendo otra pincelada a tu retrato. Él sigue pintando; tú simplemente sigues permaneciendo. Y por eso vivimos entre dos realidades: ya fuimos declarados justos, pero todavía estamos siendo transformados. Ya probamos el pan del Reino, pero todavía esperamos el gran banquete. La evidencia de que el Espíritu está pintando no es que ya llegaste —es que sigues teniendo hambre. Porque el aprendiz verdadero nunca deja de desear parecerse más a Cristo. Y quien ha sido saciado por la justicia de Dios ya no sale al mundo solo reclamando justicia: sale encarnándola, mirando al prójimo con la misma misericordia que recibió.

Pregunta: ¿Puedes descansar hoy en que tu transformación depende del Artista que "será fiel en completarla", y no de tu esfuerzo? ¿Dónde necesitas dejar de exigirte perfección instantánea y simplemente "seguir permaneciendo"?

SERÁN SACIADOS

(continuación)

Oración: Padre, gracias porque el énfasis no está en lo que yo logro, sino en lo que tú haces: serán saciados. Tú comenzaste la buena obra en mí y serás fiel en completarla. Hoy descanso en eso. No tengo que pintarme yo. Solo tengo que permanecer quieto delante de ti. Sáciame con la justicia de Cristo, y sigue pintando hasta terminar. Amén.

ESTA SEMANA

Escoge UNA de estas tres prácticas y vívela durante los próximos seis días:

RECONOCER

Antes de una comida cada día —preferiblemente el almuerzo— haz una pausa de un minuto. Mira tu plato. Siente el hambre de tu cuerpo. Y pregúntale al Señor: '¿De qué tiene hambre realmente mi corazón hoy?'. Nómbralo delante de Dios, no lo escondas.

COMPARTIR

Escoge a una persona de confianza y cuéntale qué descubriste que tu corazón anhela de verdad. Pídele que ore por ti esta semana para que sea Dios —y no una cosa creada— quien sacie esa hambre.

BUSCAR

Después de nombrar tu hambre, ora: 'Espíritu Santo, enséñame a tener hambre de la justicia de Cristo más que de cualquier otra cosa.' Luego come, dejando que esa comida te recuerde que así como Dios alimenta tu cuerpo cada día, también quiere saciar el deseo más profundo de tu alma.
